

gela en su sátira, deplorando que no haya quien haga

«un obrero manual de cada fraile
y un presidio mayor de cada tasca.»

porque justamente, en los tiempos que él y todos
echamos de menos, los de los

«... varones esforzados,
de pechos fuertes y de sangre hidalga,
que al conjuro del santo patriotismo
dieron á su nación riqueza y fama.»

abundaban los frailes infinitamente más que ahora.
Y no sólo abundaban, sino que eran una fuerza, una
influencia, algo muy nacional..

Dejando á un lado estos reparos, el retrato que de
las clases populares boceta López Silva con tanto
garbo como realismo, no es muy lisonjero. Aparece
en él constantemente un tipo, el del chulo, que, mos-
trando á veces ingenuidad de niño, pertenece á las
épocas de prostración y á los ejemplares de humani-
dad inferior y degradada. La degradación del chulo
va unida á ciertas pretensiones, venero inagotable
de efectos cómicos, y que justamente tienden á lo que
más riñe con el carácter chulesco: el honor, la caba-
llosidad, si se terciá, al heroísmo. El chulo de López
Silva es cobarde, manso, vividor, hambón, rufián;
en él ha degenerado todavía el antiguo pícaro,
el alumno de la Academia de Monipodio; en la casa
de Monipodio había jaques capaces de dar cuchilla-
das, y los chulos de *Los madriles* y *Gente de tufos*,
son liebres que se desmayan ante la hipótesis de un
agujero en la piel; pero les enlaza con los galanes del
famoso patio sevillano el modo de entender y tratar
á las hembras, á las cuales tienen dominadas y de
cuyo trabajo viven. Porque estos chulos del Madrid
de 1900, de una parte no niegan la ascendencia píca-
resca, y de otra están extranjerizados y con vistas
al bulevar exterior de París, al *souteneur de casquette*
à trois points, y con frecuencia, en medio del sabor
genuino, picón cual las aceitunas de los merenderos,
de estos diálogos castizos, ha venido á mí, en un re-
lámpago, el recuerdo de aquellas *chansons de la rue*,
de Bruant, también reflectores de un estado del alma
popular en París, tan semejante, en la nota de la ab-
yección, al que López Silva nos presenta.

Hay, sin embargo, en medio de las analogías, di-
ferencias cuyo recuento demostraría que en todo ca-
ben grados, y que nuestra decadencia no va tan allá
como la de esos elementos bastardos de la población
parisiense. Nuestro chulo no ha producido aún el
apache. Los diálogos de Silva no son todavía las
«canciones de la guillotina» que escuché en Mont-
martre.

Hay en los cuadros de López Silva mucha *bonhomie*,
y en esa gente de tufos, notas psicológicas que el
apachismo no conoce. Esa gente no es buena, pero
le alhagaría parecerlo; no es noble, pero aspira á alar-
dear de cierto puntillo que sus actos sin cesar des-
mienten. El apache es más cínico, y se ha formado
una especie de ideal á la inversa, en la ostentación
de ese propio cinismo criminal. Aquí tenemos la acu-
tuación del chulo, en el hampón, y sin embargo, ni
ese hampón, sea falso mendigo, carterista, descuide-
ro, atracador ó asesino, —tremola su delincuencia y
su criminalidad como antisocial bandera, como pro-
testa del instinto primitivo, brutal y desenfrenado,
contra las civilizaciones demasiado avanzadas, cuyos
goces tientan y cuyas complicaciones favorecen á los
malhechores profesionales.

La gente de López Silva es fanfarrona, vanidosa,
sentenciosa, y no hay nada más divertido que su ori-
ginal manera de discurrir. Ostentan agudeza y ese co-
nocimiento del mundo que da la necesidad de ban-
darse; profesan horror al trabajo y amor á la aven-
tura callejera, en que, á falta ya de otras más nobles,
la raza sigue afirmando su anárquico instinto. Si se
trata de trabajar, prefieren la mendicidad, *pintarse*
una cangrena ú cualisquier úlcera y ganarse, sin sudor,
sus treinta reales diarios á la puerta de una igle-
sia de la coronada villa. Tampoco sienten gran deseo
de venir seriamente á las manos, por más que no se
interrumpan sus baladronadas y sus frases provoca-
tivas. Todo el coraje se queda para la hembra, la
chula, que, ésa sí, chorrea pendencia por los cuatro
costados, y es más pronta y más sulfúrica que la pólvora
y los explosivos nuevos. Ya eran tales las majas
de D. Ramón de la Cruz, y las que retrata Galdós
en sus *Episodios*. El pintoresco insulto, la ironía des-
garrada, la invectiva quemante, forman la oratoria espe-
cial de estas bravías amazonas, tan donosamente
esbozadas por López Silva.

A los «muñecos» chulos, los conocemos como si
entre ellos hubiésemos nacido después de veintitan-
tos años de vida madrileña. ¡Se diferencian tanto de
otra humanidad, la aldeana, la que, á la sombra de
los castaños, danza el domingo, en los valles sombro-

sos de Galicia! ¡Qué contraste, entre este pueblo y
aquel! Siempre que un amigo extranjero ha solido de-
cirme que venía á España, le he preguntado—¿á
cuál?,—porque las Españas son muchas..

Ved á las mujeres de la aldea; comparadlas á la
chula matritense. Humildes, insinuantes, cautas, dul-
ces, las gallegas rara vez se agarran del moño; rara
vez se dicen atrocidades. Al contrario: su fraseo es
carinoso, su misma retórica de enojo es prudente. Las
gallegas no suelen, á imitación de las coléricas chul-
las, disputarse á un hombre: creen ellas que es al
contrario el hombre quien debe ganar á la mujer, á
palos, cuando no á tiros, en las romerías. En todo el
Cancionero gallego no encontraréis una copla alusiva
al caso de un hombre mantenido por la hembra, y en
la obra de López Silva abundan las referencias á tal
vileza, como á la cobardía natural del chulo, una co-
bardía que parece tan innata como su bravuconería
perpetua.

De la misma abyección que el chulo lleva consi-
go, deduzco yo que no es posible que el pueblo ma-
drileño se vacíe íntegro en ese molde. Sin duda la
chulapería es general en Madrid.

El modo de expresarse y ciertos rasgos esenciales
se encuentran, con escasas excepciones, en la gente
del pueblo que tenemos ocasión de conocer. No hace
muchos días, tropecé yo con un «artista» que es un
personaje de López Silva, clavado. Se dedica al arte
de Apeles..., en puertas y ventanas. Sin duda, tam-
bién frecuente una mijita el *sport* del copeo. Ajusta-
mos no sé qué obra de pintura, y me puso en la cuenta
doble de lo ajustado. Protesté, y, en un alarde de
dignidad que estaba pidiendo á gritos la musa del
autor de *Chulaperías*, gritó que él despreciaba el di-
nero, y me regalaba lo trabajado, no siendo esta la
primera vez que hacía tales obsequios á señoras.
Cuando me lo contaron, me limité á responder que
estaba bien, y á dar orden de que, á la mañana si-
guiente, cuando volviese, se le abonase lo convenido.
—Es que dice que no vuelve, respondió el inexperto
fámulo.—Bueno; volverá...—Volvió, amenazando
con el juzgado.—Lo dicho.—Y al otro día, casi con
lágrimas, pidió que se le diese lo convenido, porque
tenía cinco niños que mantener... Ni por un momen-
to dejé yo de considerar sinceras todas las manifes-
taciones de aquel hombre. La primera respondía al
instinto del orgullo, á un arranque hidalguesco. En
la segunda, aparecía el espíritu de violencia y ame-
naza, frecuente en este pueblo anárquico. Y la ter-
cer posición era la natural y sencilla, del que necesita
vivir y sabe que no tiene razón y olvida fieros y gal-
lardías quijotescas.

No cabe duda que en el pueblo de Madrid existen
sus corrientes de honradez, bondad y caridad. Es de
los pueblos más ineducados; es altanero y alabancio-
so; cada «artista» de esos del andamio y la brocha tie-
ne más vanidad que podían tener Herrera ó Murillo;
pero si se cultivasen sus cualidades, acaso descubriese
vetas de oro puro. Su conformidad alegre y chan-
cera, no es la paciencia melancólica del labriego de
mi región, pero tiene algo de hermosa, como brote
de optimismo, en medio de los desastres de la vida y
las codicias avivadas por el espectáculo de la riqueza.
Leed el divertido diálogo *Yo y el rey*, y no podré
menos de pareceros simpático el buen Mamerto Be-
jarano, broncista, con un jornal máximo de tres pe-
setas, con una afección en los bronquios para mayor
recreo, y que, no obstante, se tiene por más feliz que
el monarca, que Dios guarde muchos años, y no se
cambia por él. La explicación es de lo más divertido
que imaginar cabe, y llega casi á convencernos. Es
el destino aceptado, no porque no hay otro remedio,
sino porque la alegría española, el estoicismo de la
raza, lo han dominado y vencido. El broncista en-
cuentra que el rey, habituado á la buena mesa, á to-
das las comodidades, á todo género de regalo, no sa-
borea ya esas gratas impresiones como las saborea
él, Mamerto, al punto en que cualquier extraordina-
rio refuerza su insípido *mentí*, ó cuando logra reco-
ger la colilla de un selecto puro. Él, en la calle, pue-
de acercarse á la barbiana que pasa moviéndose con
elástico salero, y el rey no puede; se lo impide su
realza.

«Y de libertaz, ¡no digo
si hay diferencia. Marciano,
entre uno y otro! Yo, el día
que se me ocurre hacer algo
de tapadillo, que sabes
que suele ocurrir ¡pues lo hago!,
porque ande quiero voy solo,
y no ve ningún pelmazo
si tengo gusto en tirarme
por el Viaduzto, y me mato.»

La independenciam... He aquí el desquite del pue-
blo madrileño.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con motivo del viaje de López Silva á la Repú-
blica Argentina á donde va por laureles y por *pasta*, y
con ocasión de la próxima publicación de su libro,
que será tan regocijado como los que le han precedido,
deseó el autor de *Los madriles* que yo le escri-
biese un prólogo, y el hacerlo me trajo á parar la
atención en el cuadro de la vida contemporánea ma-
drileña que encierran esos saladísimos diálogos, esos
romances, que son á la vez documento para la histo-
ria de un período.

Si hubiese alguien que tuviese la paciencia de ex-
tractar mis Crónicas, sacando de ellas la substancia
de mi juicio sobre el pueblo madrileño, poco vendría
á diferenciarse esta opinión de la que revelan los ver-
sos de López Silva. Y la cosa no tiene nada de extra-
ño, porque el fondo de la labor cómica y satírica de
López Silva es la observación de la verdad, aunque
después la abulte la caricatura, y de la misma fuente
brotaron las páginas que á veces me dicta la contem-
plación del gentío madrileño.

Aun cuando López Silva encuentra veneros de risa
en costumbres y formas de lenguaje de la chulapería
madrileña, no cabe dudar que también halla mucho
que le infunde dejos de pesimismo. Al ponerse serio
y escribir una sátira en forma, aprieta, que no apre-
tara más Jorge Pitillas, y nos habla de un poblacho
podrido é histérico, vivero de pícaros, hervidero de
mujeres entretenidas y de randas hábiles, corte de la
navaja y del organillo, donde por cada Quijote hay
treinta Sanchos. Tomaría yo que hubiese algún Qui-
jote, así fuese, como los Quijotes son siempre, excep-
cional.

Apuntemos, pues, la opinión de este amensísimo y
gráfico escritor, entre las que votan por la decaden-
cia, aunque quizás difiriésemos mucho en las causas
y síntomas que á esta decadencia señala. Una de las
tendencias que más duramente flagela López Silva,
es el modernismo ó esteticismo literario. Los niños
de atusada y lengua melena, rasuradas mejillas y ga-
bán con sobrefalda, le alteran los nervios al majo de
atrencillada capa y características patillas, madrileño
neto de los de otra edad. No es López Silva el único
que condena este tipo, blanco de la burla y de la re-
probación; pero yo debo hacer constar varias cosas:
la primera, que si este tipo revela la decadencia de
España, revelará también, y con doble motivo, la de
Francia é Inglaterra, de donde proceden sus más ca-
racterizados ejemplares; la segunda, que este tipo es-
casea bastante, y, por lo mismo, no puede tener gran
trascendencia social su aparición, como no la tuvo
la de lechuguinos y currutacos, allá en los comienzos
del pasado siglo; la tercera, que algunos poetas de los
comprendidos en la censura, son realmente dignos
del nombre de poetas, prescindiendo de toda califi-
cación relacionada con lo glauco y las flores del ne-
nifar (porque la poesía es como el agua bendita, que
absuelve los pecados), y cuarta, que tal vez los que
ostentan extravagancias de vestimenta no sean los
mismos que hacen los versos bonitos. Conozco seño-
ritos con afectación modernista, que no saben lo que
es un consonante. Todo ello apenas representa algo
epidérmico, que no llega á la entraña.

Menos me convence todavía López Silva, cuando
ve en los frailes otra señal del decadentismo que fla-